

del olvido y de la desidia por lo esencial del destino de los hombres y de los pueblos.

Humanista y letrado, hombre de bien y de servicio, entendió la existencia como la oportunidad de servir al prójimo, pero en especial como la más acabada manera de servir a Dios, de patentizar un pensamiento filosófico y religioso que busca hacer de la condición humana una realidad digna, justa, amable, en la que imperen el bien y la verdad.

Cada una de las etapas de su transcurrir terrenal desde su ingreso a la Compañía de Jesús se tornó en una adquisición de progreso y enriquecimiento espirituales, así su doctorado en Oxford y su profundización en la investigación del griego, el latín y las humanidades; tal su pasión por la filología clásica, por la historia de América Hispana y por el saber popular folclórico. Así, igualmente, su interés por la continuidad, el progreso y el desarrollo de las diferentes corporaciones académicas a las que perteneció, en particular por la Academia Colombiana de la Lengua y por el Instituto Caro y Cuervo. Todo lo cual se tradujo en investigaciones y monografías recogidas en numerosos volúmenes que hacen de su obra copiosa bibliografía, quizá una de las más fecundas de la historia nacional.

Su inesperada ausencia priva a tantas instituciones y a la cultura nacional del concurso de su sabiduría y del vigor de sus facultades todavía frescas para rendir abundantes y promisorios frutos. Nos deja, en cambio, el valor de su ejemplo, la entereza de su saber, el acopio de sus virtudes cristianas y, por sobre todo, la discreción, la sencillez y la modestia que caracterizan a los mejores seres humanos, a los auténticos sabios y a los verdaderos y entrañables amigos.

Por designio inescrutable de la Providencia, rindió la última jornada en el desempeño de importante misión en la conmemoración del V Centenario del primer estudio científico de nuestra lengua materna, la *Gramática* de Elio Antonio de Nebrija.

Partió en el curso de sus actividades de filólogo y humanista, dándonos con su muerte el último y acaso el más alto ejemplo de entrega al deber y de fidelidad a la vocación intelectual. Justificada y hermosa existencia la de Manuel Briceño Jáuregui. Más hermosa aún y más valedera desde la perspectiva de su ausencia, desde el horizonte de la muerte, cuando el rigor y la fecundidad de su trabajo lo señalan como artífice y testimonio de buena parte de cuanto quedará en la historia cultural de un continente, de un país y de una tradición subyugados por valores aciagos, por concepciones fútiles y pasajeras, por desgarradoras realidades que niegan la paz, el pan y la palabra.

## UN HUMANISTA CABAL

Palabras pronunciadas por el doctor Guillermo Ruiz Lara, Secretario General del Instituto Caro y Cuervo, en el Paraninfo de la Academia

Colombiana de la Lengua, el 23 de noviembre de 1992, en el homenaje interinstitucional a la memoria del padre Manuel Briceño Jáuregui, S. J.

En esta junta pública que por primera vez se verifica en ausencia del padre Manuel Briceño Jáuregui, la Academia Colombiana que él presidió se reúne en asocio de los familiares, hermanos de religión y amigos del ilustre jesuita desaparecido para tributarle el debido homenaje a su memoria. No nos hemos sobrepuesto aún al golpe inesperado que por designio inexorable, pero divino, privó a Colombia, a este santuario de la lengua materna, a muchas otras instituciones académicas, a la cultura nacional, a la Iglesia y a la Compañía de Jesús, de las luces y de la fecunda y prodigiosa actividad intelectual multivalente de este humanista por vocación, que cimentó las disciplinas de su saber en los mejores sillares de la cultura clásica.

No nos congrega tan sólo el estremecimiento de un duelo compartido, ni la sensación colectiva de orfandad de quienes contemplan junto al fuego del hogar el sillón vacío de quien fuera en cierto modo curador de muchas insolencias y, además, director, compañero y amigo, cuyo espíritu, a pesar del zarpazo de la muerte, está latente en sus quehaceres. Estamos aquí como testigos supérstites para rendirle honor, tratando de darle mayor alcance a las manifestaciones y condolencias con la fidelidad a una obra que fue suya, y para hacer acopio de sus lecciones y ejemplos con el propósito de seguirlos, alentados con su compañía. Porque si nuestro director nos ha precedido en la jornada de la vida, a la llamada inapelable del Padre, para hacer la última ofrenda y dar el paso que salva el cancel de la clausura eterna, en cierto modo lo sentimos así, rondando nervioso y a veces sosegado, afable siempre, ingenio, sencillo, modesto y festivo, como era en vida cuando parecía haberse propuesto como norma de conducta el ocultamiento de su vasta sabiduría, para ponerse al alcance de cualquiera tras una apariencia de extrovertida jovialidad. Así lo sentimos aquí, en esta aula magnífica en donde su voz tuvo tan frecuente resonancia, que, al parecer, encuentra eco indefinido en los sagrados muros como simbólica repercusión del que recogen con afecto los corazones amigos. Nos hemos reunido, pues, para recordar al ilustre jesuita cucuteño con el honor que en justicia corresponde a su memoria.

Por extralimitada largueza de la Junta Directiva de la Academia, me corresponde el difícil compromiso de llevar la vocería con las palabras de orden, honor que acepto como mandato ineludible; que apoyo, más que en otra cosa, en el vínculo común con el Instituto Caro y Cuervo al que el padre Briceño estuvo ligado como uno de sus más eminentes investigadores; y que asumo con cierta turbación, consciente de la magnitud del encargo, y porque debo ser sobrio y preciso, limitándome a presentar con sencillez una simple hoja cortada a aquel frágil arbusto que desde la antigüedad helénica prestó sus ramos para la coronación de las frentes augustas, y dejarla furtivamente como simbólica ofrenda sustitutiva de la que la República de Colombia y nosotros no tuvimos ocasión de colocar sobre la tumba del Director de la Academia.

Los letrados de ésta y de otras naciones amigas tuvieron a Manuel Briceño como humanista cabal, porque en verdad lo fue desde sus mocedades con la sólida formación que estilaban los jesuitas como base segura para que descansara en ella la fundamentación de las ciencias eclesiásticas. Tuvo maestros de singular prestancia como Eduardo Ospina y Félix Restrepo; y porque respondía con aventajado rendimiento a una auténtica vocación intelectual, fue seleccionado para que perfeccionara su especialización en las literaturas clásicas de Grecia y de Roma en la Universidad de Oxford, en donde se doctoró en humanidades para luego proseguir, a lo largo de su vida, acendrando su saber y sus experiencias investigativas con el esforzado empeño del estudioso por vocación que nunca acaba de profundizar en sus conocimientos; pero sin alardes de suficiencia, ni con ansias de vanagloria, sino para valerse de su riqueza cultural en el servicio de la Iglesia y de la patria, refiriéndolo todo a “la mayor gloria de Dios” como quería el Capitán don Iñigo López de Loyola que lo hicieran siempre los individuos de su Mínima Compañía. Así llegó a hacerse al dominio de la lengua griega y por ese medio al de su literatura clásica, de tal manera que descolló con ventaja entre los helenistas del Continente, ocupando el primer puesto entre los de Colombia sin que nadie tuviera la osadía de disputárselo. Si se tienen en cuenta los cincuenta y siete años de vida religiosa en la Compañía de Ignacio, que con arreglo a su *Ratio atque Institutio studiorum* fue tan decididamente humanista en la formación de los suyos; y, además, que, en ese lapso en el cual se desarrolla el promedio de una existencia humana, el padre Briceño destinó por lo menos medio siglo a la enseñanza de las humanidades, se comprende que haya alcanzado tan profunda versación en ellas y que haya culminado su vida como el último humanista colombiano consagrado por el estudio y el cultivo de las letras clásicas.

Dentro del turbión de la sub-cultura pragmática que parece atropellarnos con formidable y ciega pujanza, el Humanismo, por la inversión de los valores en la escala de la estima social, ha cedido en buena parte el campo en favor de disciplinas técnicas. Se le considera un saber ocioso e improductivo, un ornamento inútil y pasado de moda, como esas prendas apolilladas con las que todavía se cubren los que no tienen con qué presumir y que conservan el rancio perfume de las cosas viejas. Es que el humanismo es uno de esos términos cuyo empleo equívoco genera confusiones, sobre todo en la Babel contemporánea. No se trata de saber *latines de misa y olla* como los de los *clérigos de los tiempos de escasez que hubimos*, ni de perder el tiempo de esta vida acelerada y convulsa en la contemplación de una cultura sepultada por la civilización. Si los romanos creyeron encontrar en Grecia el modelo insuperable de literatura, es porque vieron en sus letras la expresión de la *humanitas*, es decir, de los valores que dignifican y enaltecen al ser humano, por lo cual merecen ser conocidas y cultivadas como ejemplares y como arquetipos de la Antigüedad clásica. De esta suerte, en Roma floreció el primer Humanismo, de cuyas raíces procede la cultura latina que iluminó a Europa y a Occidente,

trascendiendo todas las culturas particulares. Desde entonces y con el aporte del cristianismo que introdujo en la cosmovisión una concepción del orden universal referido al hombre, el Humanismo es una relación no sólo teórica, sino ética y estética del Hombre con el Universo: *omnia vestra sunt*: todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, según la enseñanza de San Pablo. Si se trastueca esa relación de orden en sentido inverso, si el hombre abdica de su dignidad y se deja subyugar por los mitos de su tiempo, atribuyéndole valor absoluto a los bienes y a las cosas, el humanismo desaparece, sustituido por el materialismo.

Veinte años permaneció Manuel Briceño -confinado diríamos en el habla de este mundo- en Santa Rosa de Viterbo como profesor de griego, latín y humanidades de sus hermanos jesuitas. De seguro, el aislamiento le valió para dilatar y depurar sus conocimientos, abonando el terreno de su producción literaria dada a conocer más tarde con la rica bibliografía que hoy nos sorprende y que ha merecido el elogio de los más exigentes críticos; pero del mismo modo le sirvió "el almo reposo" que cantara fray Luis para darse al trabajo intelectual como ejercitación permanente, en la que hay que ver el secreto de su fecundidad asombrosa. De otra parte, la obediencia le impuso el ejercicio de su ministerio sacerdotal en las aldeas y pueblos vecinos, circunstancia que le permitió acercarse con perspicaz agudeza de observador intuitivo a la gente ruda de la gleba, bajo cuya tosca ruana campesina también hay valores de autenticidad humana. Porque el Humanismo de buena ley, lejos de separar, aproxima. Los humanistas, por su saber y por la prestancia de su talento son, por regla general, seres de excepción, egregios en el cabal sentido del término, esto es, separados de la grey, como las cumbres que se yerguen inaccesibles. Sin embargo, si no quieren aparecer como extravagantes, han de estar atentos a toda manifestación en la que se realice el ideal humano en cualquier campo. El sabio será humanista si es capaz de escuchar y comprender, de amar y de hacerse oír y entender de los que no alcanzan a vislumbrar el nivel de las nevadas cimas. Y Briceño Jáuregui, por sobre su sapiencia vastísima, hizo prevalecer la modestia, lejos de toda simulación, con la sencillez del auténtico maestro que se abaja al plano de los que con vacilante paso inician la jornada de su destino.

La muerte del padre Briceño en Madrid, corazón de España, cuando representaba a esta corporación y al Instituto Caro y Cuervo en un Congreso de académicos y filólogos con motivo de la celebración del Quinto Centenario del primer estudio científico de la lengua castellana, suscita profundas reflexiones. Cayó sobre el surco de su actividad personal e institucional, *sicut bonus miles*, como un buen soldado, en un encuentro histórico en el que su presencia le hacía ver a la hispanidad que no ha declinado aún el prestigio intelectual de Colombia que en la pasada centuria ganaron nuestros clásicos, porque él llevaba a ese certamen, con la sencillez y la modestia de su continente habitual, la representación de esta Corporación venerable, y la del Instituto que mantiene la lámpara votiva del culto al idioma como centinela de sus valores culturales.

Por lo poco que se sabe, esa noche del 28 de octubre regresó el padre de Salamanca a Madrid con sus colegas de las academias. Se preparaba para el día siguiente la clausura en Alcalá de Henares, la cuna de don Miguel de Cervantes Saavedra, y nuestro director estaba sensiblemente emocionado por el éxito del congreso y por la resonancia de sus conclusiones, sin sospechar que esa misma resonancia sería la de su muerte. Pocos días antes de su viaje estuvo en el Instituto Caro y Cuervo, gozoso por la proximidad de la partida y "ligero de equipaje" como quería don Antonio Machado. Después he cavilado en esas prisas agujoneadas por jubilosa impaciencia, casi infantil, como si fueran premonitorias urgencias de un llamado definitivo.

Como Cervantes, Briceño Jáuregui iba a agotar su último aliento en el quehacer de su misión literaria. Don Miguel, en efecto, trabajó en sus obras hasta el filo de la muerte, como que -y huelga recordarlo- cinco días antes de morir le escribió al Conde de Lemos la dedicatoria de su *Persiles*, en la que todavía podemos conmovernos al leer lo siguiente: "El tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo de vivir. Pero si está decretado que la haya de perder, cúmplase la voluntad de los cielos".

La muerte, en cierto modo, como último momento existencial, condensa y recapitula la trayectoria de cada vida, que ya no se va a poder apreciar sino desde la perspectiva de su muerte. La lírica española testimonia la esencia y la presencia de la muerte como presentimiento inexorable. Para dar un solo ejemplo, basta recordar un admirable soneto de Quevedo en el que previó el vencimiento de su carne y el advenimiento de "la última hora negra y fría", que remata así en el segundo de los tercetos:

Llegue rodada, pues mi bien previene,  
Hálleme agradecido, no asustado;  
mi vida acaba y mi vivir ordene.

El padre Briceño cayó fulminado en esa anochecida de otoño, cuando el viento del Guadarrama sopla los primeros fríos del invierno que se acerca. Cayó en su sitio. Si la muerte es el vestíbulo de la inmortalidad, mejor escenario no pudo tener la suya.

En la clausura del congreso filológico honraron su memoria con palabras sentidas don Manuel Alvar y el Príncipe de Asturias, y los académicos con la severa solemnidad de una conmovición compartida. A nosotros no nos fue dado volver a verlo en esta vida. Tras las sencillas liturgias exequiales, más pobres que austeras, unos pocos amigos y colegas y algunos jesuitas españoles llevaron los despojos de nuestro eminente compatriota para entregarlos a la tierra de Castilla. Así debió ser según la tradición ignaciana. Los cuerpos de los hijos de Ignacio, como los de los árboles y los de los soldados van a la tierra en donde caigan. Cuando el padre Ignacio se dispuso a desprenderse de este mundo, dicen sus biógrafos, llamó a los más próximos de los suyos, a Polanco, a Rivadeneira y al Maestro Lafnez para hacerles la recomendación de los ascetas: "poned estos huesos en cualquier parte".

En los setenta y cinco años bien cumplidos, de los cuales cincuenta y siete fueron de vida religiosa, cuarenta y cinco de sacerdocio y cincuenta de magisterio, Briceño Jáuregui realizó en su vida y en su obra el Humanismo de alta calidad espiritual. Humanizado en su conducta, en su talante ingenuo, en su aparente frivolidad y en su modesta llaneza. Jamás se envaneció con los honores que le dieron preeminencia, en la certeza cristiana de su fugacidad y contingencia. "Verduras de las eras", cuyo marchitamiento contrasta con la supervivencia del espíritu. Setenta y cinco años de vigilante actividad, como preparación lenta para el momento definitivo, el del atardecer del 28 de octubre, en el que todo se condensa y recapitula y en el que todo se clarifica a la luz del misterio de la muerte y de la inmortalidad. Como creyente y viviente, Briceño esperaba la glorificación inmortal, porque a los que son fieles no se les arrebató la vida sino que se les transforma. Y con esa misma seguridad nosotros seguimos contando con su presencia como segura compañía, sobreponiendo al duelo el jubiloso grito de San Pablo: "¿Dónde está, pues, la victoria de la tumba?"

¿Qué más puede decirse? Acaso, con sentimiento de amor y de esperanza, podríamos sellar este acto recordatorio con aquella invocación con la cual Jorge Manrique puso punto a la hermosa elegía de sus coplas compuestas a la memoria de su padre, que bien nos sirven a propósito del padre Manuel Briceño Jáuregui:

Dio el alma a quien se la dio  
- el cual la ponga en el cielo  
de su gloria -  
que aunque la vida perdió,  
nos dejó harto consuelo  
su memoria.

\* \* \*

ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA  
ACUERDO NÚMERO 03 DE 1993  
(Marzo 2)

Por el cual se honra la memoria de un académico de número.

La Academia Colombiana de Historia,

CONSIDERANDO:

1° - Que ha debido registrar el miércoles 28 de octubre de 1992 la dolorosa pérdida de su miembro de número el Reverendo Padre MANUEL BRICEÑO JÁUREGUI, S.J., quien falleció repentinamente en Alcalá de